

LA VISION DEL HEROE

En el hospital de San José y Santa Adela, en ese sagrado recinto que destina la Cruz Roja a alojamiento y cura de los héroes, ocupa una cama, esperando el postrer suspiro, un bravo legionario que estrecha entre sus manos, trémulas y frías, un Crucifijo. Tiene atravesado el pecho por tres balazos muy graves. Deja deslizar por sus labios hémicos y secos una voz apagada, mientras solícita la enfermera se los humedece con sorbitos de agua, añadiéndole:

—Por Dios, Federico, no hable... no hable.
Pero el herido, febril y nervioso, prosigue, dirigiéndose a su visión:

—Dichosa tú, celestial criatura, que has sedado mi dolor, que tienes el precioso don de ahuyentar las penas, mitigando mágicamente mi tristeza, que era la que, ahogándome, aplanaba mi espíritu...

Dichosa tú, ángel de la dicha, que vas infundiendo a tu paso la esperanza de la ventura, y que pones en la cadencia de tus alentadoras palabras, que seducen y encantan por lo melodiosas y vivificantes, toda la ternura que condensarse puede en criatura humana...

Dichosa tú, ilusión divina, que en tus frecuentes visitas, y con el influjo inspirador de tu alma santa, me tornas a la vida perdida con sólo recordarme el cumplimiento de mi deber...

Dichosa tú, ideal mujer, que, con la dulzura de tu voz maternal, despiertas a la paz y al amor, el sentimiento del hijo bueno; bendita seas una y mil veces...

Así se expresaba aquel bravo muchacho, poniendo en sus palabras la más alta convicción, la más perenne gratitud, el más fervido entusiasmo, recobrando con ellos, por momentos, la energía y la vida.

Hubimos de atrevernos, conmovidos, a preguntar a la enfermera a quién se refería el soldado en aquella oración pléfrica de grandeza, y la enfermera nos dijo:

—«A S. M. la Reina, D.ª Victoria, que frecuentemente visita a estos heridos...»

—Basta, exclamamos admirados... Soberana y madre.

Antonio Calama Sanz.

Así como el misticismo español aparece sublimado hasta su mayor altura en la ínclita doctora Santa Teresa de Jesús, cuyas obras, verdaderos monumentos literarios, serán siempre unos de los más valiosos timbres de gloria del siglo de oro de la historia patria, así quisiera yo que la visita con que hoy nos honran Sus Majestades, dando extraordinario realce a las fiestas teresianas, se tradujera en fecundo despertar de las energías salmantinas que colocara a esta ciudad, por mí tan querida, en el preeminente sitio a que le dan derecho su brillante historia y sus venerandas tradiciones.

Mariano Reyundo,

Director del Instituto general y técnico.

A las asociaciones carmelitanas.

Como nadie está tan llamado a honrar a Santa Teresa y a dar público testimonio de su amor a la Virgen castellana, como las asociaciones carmelitanas, se suplica encarecidamente a dichas asociaciones, establecidas en la iglesia de PP. Carmelitas, acudan a tiempo al patio y paseo de MM. Carmelitas a organizarse bien, para que la procesión que trasladará la imagen de la Santa a la Catedral, resulte brillante.

Además, todas aquellas personas que a la vez pertenezcan a la Asociación Teresiana y a otras, preséntense ese día con el distintivo de la Asociación Teresiana, como es lo natural. Lo ruega encarecidamente el director de las Teresianas.

El menos observador advierte estos días en la ciudad, un movimiento desusado, precursor de grandes sucesos, que en cierto modo ha cambiado su peculiar fisonomía.

Es que Salamanca se dispone a tributar espléndido y cálido recibimiento a SS. MM., que vienen a presidir las fiestas centenarias de la canonización de Santa Teresa.

La presencia de nuestros augustos soberanos en estos solemnes actos, que han de constituir la página más interesante de la historia contemporánea de la ciudad, aparte del carácter nacional dado al homenaje, al que han de asociarse sin distinción todos los españoles, consagra de manera definitiva la figura excelsa de aquella singular mujer, que por su sabiduría y santidad, está colocada en la Historia Universal, a la cabeza de los grandes genios conductores de la Humanidad.

Victoriano Zurdo,
Presidente de la Cámara de Comercio.

ACADEMIA "FRUTOS"
PREPARACION
MAGISTERIO Y DACTILIBERATO
Libreros, 31, pral. Salamanca

Estrambote de la Feria.

En visitas como ésta, los soberanos constitucionales no se ven uno a otro; ni el pueblo ve al rey, ni el rey ve al pueblo.

Ve el rey, sí, la urbe, y aun ésta disfrazada con los trapitos de un cristiano de tablado, ¿pero a la ciudad? A la ciudad, no! Y menos aún la oye. La ciudad permanece muda; ve, oye y calla. Y calla porque las paredes son ahora en España nidos de policía, esto es, de espías del despotismo. Puede uno verse empapelado, hasta por un desahogo privado en una barbería.

El rey no oír a la ciudad; no oír a sus voceros. Los que le hablen públicamente le hablarán conforme a protocolo, según pauta trazada de antemano, sobre papel revisado previamente. El, en cambio, el rey, es fácil que hable espontáneamente, según su parecer privado, como habla un hombre responsable y que tenga conciencia de su responsabilidad.

El programa de la visita es denso. Alguien se pregunta si no faltará tiempo. El rey cree, o por lo menos creía hace dieciocho años, que es peor que sobre tiempo. ¿Habrá cambiado de parecer? Evidentemente para un rey lo peor es que le sobre tiempo y que tenga que matarlo.

¿Aprenderá el rey con estos viajes a conocer al pueblo español? Escasamente; pues que le llevan en ellos acordonado, separado del pueblo. A España, geográficamente, tal vez sí. Pero no olvidemos que si Napoleón se llamaba Emperador de los franceses y Alberto se llama Rey de los belgas, el título de nuestro monarca, el título oficial, es «por la G. de Dios Rey Constitucional de España.» De España, no de los españoles.

Tedeum, sesión de claustro, primera piedra de cuarteles, corrida de toros... y percalina, mucha percalina. La que se ve y la que no se ve.

Luego reanudaremos nuestra vida cotidiana. También en gran parte de percalina.

Lo que sí creemos es que no habrá claqué.

Miguel de Unamuno.



Casa de Santa Teresa, en Salamanca.

A Teresa de Jesús.

Con cuánto gozo late el corazón femenino, viendo que una mujer, al dejarnos el suyo—prenda de amor—es el imán de las patrias atracciones en esta tierra que lo guarda y custodia como el símbolo más hermoso del alma de la raza.

El Serafín la transverbera; la Iglesia declara su santidad; la Ma-

Bien venidos sean a este noble solar salmantino SS. MM. los Reyes, cuya presencia contribuye soberanamente al engrandecimiento de las fiestas centenarias, conmemorativas de la canonización de la Mística Doctora Teresa de Jesús, que eligió esta porción de Castilla para difundir por el mundo los sublimes éxtasis de su amor eucarístico, enraizándose en la conciencia del sencillo agri-



El Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca, doctor Alcolea.

dre de la Ciencia la doctora, y para coronamiento de tanta excelcitud, el Rey viene a poner en su mano la pluma de oro que ofrece a su sabiduría, y la Reina a colocar en su cabeza la paloma de brillantes que, en representación de la Paloma celestial, le ofrendan las damas españolas.

Bien amada sea la realeza que en tal misión peregrina.

Juana Trujillo de Arenillas,
Directora de la Escuela Normal.

Seguramente, lo mismo que yo las veo ahora, vieron las venir al caer de la tarde Meléndez Valdés y fray Luis de León. Tal vez las palomas sean lo único que podrá fijar. Seguramente, lo mismo que yo las veo ahora, vieron las venir al caer de la tarde Meléndez Valdés y fray Luis de León. Tal vez las palomas sean lo único que podrá fijar. Seguramente, lo mismo que yo las veo ahora, vieron las venir al caer de la tarde Meléndez Valdés y fray Luis de León. Tal vez las palomas sean lo único que podrá fijar.

Manuel José Hernández,
Presidente de la Cámara oficial Agrícola.

EL ADELANTO de hoy consta de OCHO páginas.

Pidan los vinos de la casa Pedro Domecq y Comp.ª :- Son los preferidos.

Gran vino (Champagne).
Aperitivo "RADIUM"

LA CIUDAD MUERTA

Salamanca me parece inmenso sepulcro. Todo está muerto aquí. La mayoría de sus calles son como calles de un cementerio: ¡qué solitaria siempre! Algún eclesiástico que va a la Catedral a las horas de coro; algún turista extasiado contemplando una fachada portentosa, donde la religión y el arte han estampado un sello de incomparable grandeza... y nada más. En ambas Catedrales, en las Ursulas, en San Esteban... en todos los sitios ¡sepulcros! ¡sepulcros! ¡sólo sepulcros! Los Anayas, los Fonseca, los Alvarez de Toledo... ¡qué nombres tan insignes, pero muertos! La cenefa o balustrada que remata el famoso palacio de Monterrey, la que corona el ábside de la Anunciación, dan la impresión de esqueletos enormes de recias osamentas, sepultados luengos siglos ha y desenterrados por reciente terremoto.

Todo es triste en Salamanca; hasta el color de la piedra de sus edificios; ese color dorado que la distingue de las demás ciudades españolas, no es el dorado de las mieses, que es señal de vida; es el dorado de la cera, el amarillo de los blandones que ponen en los funerales. Y toda la ciudad es así. Aun los sepulcros nuevos de mármol blanco, como, por ejemplo, el del P. Cámara que está en la Catedral, no sé qué tinte adquieren, que parece que los muertos en ellos encerrados hace ya centenas de años dejaron de existir. Aquel *Ave et vale in pace* de la tumba del P. Cámara, no es voz de ahora, es voz que sale de las catacumbas.

Casi todas las casas históricas de Salamanca tienen una leyenda de amor y de tragedia, es decir, una leyenda de muerte. En alguna de ellas, la tragedia debió ser tan extraordinaria, que se la llama así: *Casa de las muétes*.

En las torres de Salamanca anidan multitud de palomas. Son palomas sin dueño. Palomas libres como el aire. Al atardecer he visto bandadas que vienen de los campos que rodean la ciudad, donde han pasado el día buscando alimento; las he visto posarse sobre la torre de la Catedral, sobre la cúpula de San Esteban, sobre el ábside de la Anunciación; van a dormir en los mismos nidos donde nacieron ellas, y sus padres, y sus abuelos, todos sus antepasados... ¡Cuánto tiempo hace que las palomas anidan en las torres de Salamanca?... ¡Quién lo podrá fijar! Seguramente, lo mismo que yo las veo ahora, vieron las venir al caer de la tarde Meléndez Valdés y fray Luis de León. Tal vez las palomas sean lo único que podrá fijar.

que no ha muerto en Salamanca. Acaso estas palomas son inmortales; pero... ¡viven tan arriba! ¡están tan lejos! que es como si estuviesen muertas. No, no son como las palomas venecianas que vienen a comer a la mano: estas salmantinas huyen de la gente.

Al visitar los monumentos de esta ciudad maravillosa, si os acompaña persona versada en la historia, sólo escucharéis frases como éstas: «En esta capilla de Santa Bárbara se *confesaba* los grados de doctor...» «En esta catedral enseñó Fray Luis de León...» «Por esta puerta *entró* Colón para hablar con Fray Diego de Deza...» «En este confesonario, Santa Teresa de Jesús se *confesaba* con el P. Báñez...» «Aquí *resucitó* un muerto, San Vicente Ferrer...» Es decir, amigo lector, que cuanto van viendo tus ojos, escuchando tus oídos e impresionándose el corazón y el alma, en esta ciudad peregrina todo es pretérito, todo pasó para no volver quizá; todo es cosa muerta. ¡Oh, qué gran sepulcro es esta antigua Señora de las ciencias, esta Atenas española, esta sin par Salamanca, cuyos pies besa el Tormes y cuyos campos fecunda el sol más paternal y generoso del mundo!

¡Cosa singular! Esta enorme tumba, esta Salamanca muerta no aleja a las gentes, sino que las atrae; no infunde miedo al corazón, engendra en él una muy dulce melancolía; por las hendiduras, obra del tiempo, de este sepulcro no sale olor de corrupción, sino perfume de gloria y de grandeza. Quien se detenga a contemplar despacio en la capilla de los Anayas, de la vieja Catedral, las estatuas yacentes del caballero y la señora que están sobre el mismo sacrofrago, forzosamente ha de ver en ellas un símbolo de lo que venimos afirmando: aquella cota de malla con que se reviste el caballero y aquel rostro bellissimo de la señora, están clamando a voces por una justa o torneo en que romper una lanza, y por un trono al que se acerque la humanidad entera a rendir pleitesía a tan peregrina hermosura. Hay que reflexionar mucho ante estas dos estatuas, para caer en la cuenta de que bajo aquella losa no está encerrada la vida; está encerrada la muerte.

Así es Salamanca. Así me parece a mí que es Salamanca.

A Su Majestad D. Alfonso XIII.

Señor: Pordonad a este humilde admirador de V. M., que en otros tiempos tuvo algo de poeta, que ante las estatuas yacentes del caballero de la cota de malla y de



Don Federico Anaya Simón, Alcalde de Salamanca.



El Excmo. e Ilmo. Arzobispo de Valladolid, señor Gandásegui.

